

BELGRANO, por los senderos del adiós

Dentro de la nerviosa norma de cambio y agitación que demarca la fisonomía de Buenos Aires, quizás ningún barrio se haya movilizado tanto en busca de nuevas estructuras. La locura de una urbe que edificada en la pampa, con todo lo que podemos llamar espacio hacia tres de sus puntos cardinales, para respantingarse a su gusto, se empeña en fabricar estrechos colmenares, ha traído con ritmo creciente su mareo de altos muros y calles tumulares al corazón quieto de lo que fue una barriada de árboles pensativos, extensos jardines y casas que no se permitían interferir los crepúsculos. No había lugar suficiente en el Norte para ubicar a toda la burguesía que, inexplicablemente, asimila ese rumbo a una tónica de buen *status* social. Por eso Belgrano fue invadido y desbaratado por altas torres, con excepción de una pequeña fracción en la que no se permite más de cuatro pisos. El código de edificación que dispone alturas concordantes con la luz solar, la vigencia del cielo, la posibilidad de circulación, desde mediados del siglo pasado, en la mayoría de las ciudades europeas, no existe con esa preceptiva en la vasta América. Así Viena, Praga o París pueden sugerir enormes territorios circundantes, mientras Buenos Aires, en el primer encierro del turista, jamás le dejaría adivinar la pavorosa soledad de un territorio de millones de kilómetros cuadrados. Como si estuvieran en la isla de **Manhattan**, las gentes se apilan verticalmente. La presión se ejerce hasta para los que poseen dinero suficiente para mantener una casa. Al revés de lo que sucede en México donde una trayectoria de éxito mundanal va siempre marcada por la amplitud del habitáculo y los de-

partamentos se reservan para la clase media que puja en las antesalas del poder, en Buenos Aires, las grandes casas (hablar de palacios es una antigua exageración si se exceptúa a una media docena de edificios) van desapareciendo o se destinan a museos o reparticiones públicas. Por ese modo, Belgrano ha ido tomando por los caminos del adiós.

El bajo bravo, de peones de *stud* y relampagueantes cuchilleros, subsistió hasta cerca de 1940. De la etapa, mezcladas con nuevas casas de departamentos, quedan algunos patios, ciertas viejas puertecitas, agobiadas. No lo están menos las casas de dos pisos que persisten en la parte central. Las quintas fueron amputadas en sucesivos fraccionamientos. En la parte alta, por los lados del Belgrano Athletic, se mantiene más el tono reposado y residencial. Arrasado el arriate central doblemente arbolado, Cabildo escindió el barrio como cualquier vía blanca de Texas.

Usemos esa frágil máquina del tiempo, quizás la única posible, de la imaginación y el recuerdo. Si nos alejamos mucho (mucho en América son ochenta o noventa años), Belgrano es un municipio alejado de la ciudad, a la que se comunica por el peligroso camino de "Las Cañitas", hoy abigarrada calle Luis María Campos. El señor José Hernández tiene allí una quinta, cuya entrada alcanza para lo que en la actualidad nombramos calle Federico Lacroze. Sus terrenos, asomados a la barranca, terminan en la actual basílica y convento de los benedictinos, una de las más bellas construcciones del barrio.

Luego de haber retrocedido, viendo como en Belgrano se asienta el Congreso en el edificio de la Municipalidad, hoy Biblioteca Sarmiento,

mientras se soluciona la cuestión de la federalización de Buenos Aires, avancemos rápidamente. Quiero situarme en el tiempo de mi infancia en Belgrano. Desde los altos de nuestra casa, mi hermana María de las Mercedes se comunicaba con una amiga, cuya casa estaba a casi tres cuadras. Entre los dos edificios sólo se interpolaban muchos árboles y unos pocos muros bajos. Hoy, en el sitio donde estaba nuestra quinta, donde vivíamos mi madre, mi padre, siete hermanos y unas pocas personas más, habitan centenares y la selva implacable de ladrillos ha cerrado el tierno horizonte que dejaba ver la vecindad de la curiosa construcción de una quinta llamada "Loreley", la que poseían los Torsquinst, aún intacta, "Los Ombúes" y hasta la cúpula redonda de la Iglesia, la voz angelical de cuyas campanas todavía no se había borrado con la disonancia de un tránsito apiñado. Cerca de la Iglesia la blancura española de los muros de la casa de Larreta, que aún persiste, y la fachada de lo de Alvear, famosa porque Elvira y Dora eran muy lindas y porque el papá era el dueño del glorioso caballo del pueblo, Botafogo. Tampoco en esta casa faltaba el ritual del parque, querendona frecuencia de casi todas las casas de aquella época. Las calles, en suma, eran un poco la prolongación de esos parques. Por eso no era extraño ver divagar la silueta oscura y altiva de Enrique Larreta por los aledaños de sus jardines, barrio adentro, a la hora en que su capa castellana se llevaba bien con la llegada de la noche. Nos asombraba comprobar que el autor de **La Gloria de Don Ramiro** era un hombre de carne y hueso. Parecía apenas cierto su leve saludo amable, como una inesperada animación del retrato



Duermelic, 1962

del Baio Belgrano"



Cabildo dividió el barrio como cualquier vía blanca de Texas

BELGRANO, por los senderos del adiós

que le había hecho Zuloaga, con Avila de los Caballeros a lo lejos.

No tardó en llegar el Belgrano de Pondal Ríos, de Norah Lange, de Emilio Villalba Welsh, de Adolfo Villalba Díaz —en calidad de nativos— y de los foráneos tipo Augusto Mario Delfino, Borges, Mastronardi o Xul Solar, que tanto se complacían en explorar su poética geografía de otrora. Se hacía una vida de barrio. Palco en el cine Belgrano, baile en la terraza del Club Belgrano, volando en las noches de fiesta con la trepidación de Armani y Cospito o sumiéndose en la confesión íntima, recatada y entradora de los tangos de Fresedo o De Caro, que le quitaban palabras al amor incipiente, transformándolo en abrazo; corso o colegio de Belgrano. Podía uno encontrar cualquier camino con los ojos vendados. Sabíamos de memoria dónde vivía cada quién y Belgrano tenía su propio periódico, "El Heraldito", dirigido por Burgos (padre de una rubia preciosa), donde Pondal Ríos y yo publicamos nuestros primeros versos, antes de la invasión de la revista "Martín Fierro", que allí cerca tenía su director, el poeta Evar Méndez, con su infinita colección de discos.

Belgrano sigue concitando la vivencia de muchos escritores. Luisa Mercedes Levinson, Nelly Candegabe, Gloria Alcorta, Lysandro Z. D.

Galtier, Córdova Iturburu, José Portogalo, Rafael Gigena Sánchez, yo mismo, que escribo estas líneas desde una calle que dejé sin la chapa que estaba adosada a mi verja, para llevársela a mi hijo Cristián, que ahora vive en México, vivimos en Belgrano. ¿Vivimos? Sólo en parte. El centro está muy próximo y ya Belgrano, en sí, no tiene esos nucleamientos literarios o artísticos (Tapia en pintura, Yrurtia cuya casa continúa por ser museo), sociales o deportivos que lo definían. Sus contornos se han hecho borrosos y para encontrar lo que se dice de Belgrano, lo que incita a tantos a destruir sus esencias, al pugnar por habitarlo, hay que buscar mucho por calles escondidas o irse a Villa Devoto, alguno de cuyos sectores más lindos se parecen bastante al Belgrano que está diciendo adiós. Quedan los testimonios vigentes de las casas de Mariano Castex, de Atucha, de una misteriosa que atienden los teósofos, cerca de una encantadora y breve plazuela cuyos faroles rompen sistemáticamente los enamorados; queda la parte intermedia de las Barrancas, con alguna pálida estatua en perpetua fuga entre la arboleda y el venerable kiosco donde restallaban los bronces de las bandas y, ya muy bloqueadas por nuevos edificios, las residencias de los Muñiz Barreto o de Alberto Williams (ahora

habita allí Amancio, un formidable experto en acústica). La de Muñiz Barreto abrió no hace mucho su magnífico parque para el acto melancólico entre todos de un remate de las pertenencias de la vieja casona. Porque todo, inexorablemente, se va. No son ahora las torres abolidas del legendario Príncipe de Aquitania. Son las torres que practican la abolición de insignificantes, pero tiernos principados del espíritu, la gracia y una forma más honda de vida. Por el camino de los adioses se fue el castillo de los fantasmas, posesión de los Lacroze, la casa misteriosa y conversada de Ciudad Alegre, Ciudad Turbulenta, de Hugo Wast, la propia casa de este novelista popular y la de otro, Manuel Gálvez. Enclavada en el estudio de mi vieja casa de Belgrano, yo me digo que es puro asombro, vericuetos apenas discernible, el haber vivido tanto como para que en mi mente se superpongan, con ternura sin límite, tantos Belgranos. Será como en el hombre viejo, donde juegan, alternativamente, un niño increíble, un joven radiante, la tensa madurez y un amontonamiento de años que traen el recuerdo de la sentencia inapelable de don Francisco de Quevedo, implícita en su cruel definición: "El tiempo es enemigo que mata huyendo".